

Patrimonio para financiar una guerra

El Estado Islámico recurre a la venta de bienes culturales para financiar sus operaciones bélicas

CARLOS DÍAZ REDONDO Y ADRIANA SÁNCHEZ ÁLVAREZ

Detrás de toda guerra hay catástrofes que ni siquiera imaginamos. A diferencia de aquellas que involucran la masacre de la vida humana en el más explícito sentido de la palabra, hay otras, más sutiles, que arrasan pueblos enteros con la misma eficacia. Estas últimas no se declaran con tanques o armas de fuego, y están dirigidas directamente a volatilizar los elementos que conforman la identidad de un pueblo, como sus archivos, sus biblio-

otecas, sus templos o sus monumentos.

Esto es lo que está pasando ahora mismo en Irak y Siria. El grupo terrorista Estado Islámico (ISIS, Islamic State of Iraq and Syria) se ha dedicado durante años a arrasar el patrimonio cultural de allá por donde pasaba. Un reciente giro en su estrategia, que sustituye la destrucción del patrimonio por el saqueo y la venta de antigüedades en el mercado negro, la está convirtiendo en

una organización violenta multimillonaria. Si bien resulta imposible conocer el número de piezas que ya han sido saqueadas y vendidas, las cifras apuntan, por poner un caso, a 36.000.000 millones de dólares recaudados solo como resultado de los expolios cometidos en el lugar de Al-Nabuk en Siria.

Tristemente, la comunidad internacional ve cómo miles de coleccionistas privados están financiando hoy



—con conocimiento de causa o sin él— esta imparable ola de destrucción sin precedentes que arrasa Oriente Próximo. Nada está a salvo. Quizás el mayor exponente sea el desmantelamiento del palacio que el rey asirio Asurbanipal II levantó en Kalhu en torno al siglo IX a. C.

que están trabajando directamente en coordinación con el Estado Islámico. Estas bandas se dedican a identificar los objetos con más salida en el mercado negro y a ponerlos a disposición de coleccionistas privados, reportando a la organización terrorista un canon de

que se encuentran en la misma situación de peligro.

La directora general de la UNESCO, Irina Bokova, ha declarado recientemente que la Interpol y otras autoridades internacionales están desarrollando estrategias para frenar la venta de piezas expoliadas en



A tenor de esta situación, el embajador de Francia ante la UNESCO, Philippe Lalliot, ha advertido del peligro que suponen estos hechos, expresando su preocupación por la gravedad de los acontecimientos. Más allá de la pérdida de vidas humanas, el patrimonio y la cultura representan la simiente que los grupos fanáticos como el Estado Islámico buscan destruir.

Sus palabras tuvieron lugar en la conferencia celebrada el pasado octubre en la sede parisina de la UNESCO, que reunió a un gran número de diplomáticos, funcionarios iraquíes y expertos en arte y patrimonio.

En este mismo escenario, Qais Hussein Rashid, director del Museo Nacional de Bagdad, anunció que existe una serie de grupos organizados

entre el 20% y el 50% del valor de las piezas vendidas.

Recordemos que el patrimonio cultural de Irak ya sufrió un menoscabo considerable cuando en 2003, tras la caída del dictador Sadam Hussein, los saqueadores aprovecharon el caos existente en las calles para asaltar todo tipo de edificios institucionales, residencias privadas y museos. Auténticas joyas de miles de años de antigüedad y valor incalculable desaparecieron a merced de la rapiña. Esto provocó, por cierto, que el Consejo Internacional de Museos (ICOM) publicase una Lista Roja de Emergencia sobre Antigüedades Iraquíes en Riesgo, que trataba de inventariar los objetos desaparecidos para detener su tráfico ilegal. Ahora acaba de publicarse una nueva lista que recoge las antigüedades sirias

el mercado negro. Mientras tanto, representantes políticos mundiales, como Christopher H. Smith, congresista norteamericano por Nueva Jersey, o Mark Pritchard, miembro del Parlamento británico, han insistido en la urgencia de poner en marcha un corpus legislativo implacable que sea capaz de frenar la salida al mercado de piezas procedentes de territorios en guerra.

Todos parecen coincidir en la urgencia de extender esta discusión a Gobiernos, casas de subastas, marchantes de arte, museos, aseguradoras, coleccionistas, organismos de frontera, etc. Sin embargo, mientras estos esfuerzos enraízan, Irak y Siria pierden identidad y memoria por momentos a la par que las piezas más significativas de su cultura se reparten por el mundo. ■